

SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



LESSER, Ian O. (2007) “Seguridad e inseguridad en el Mediterráneo: Una perspectiva norteamericana”, en SOLER i LECHA, Eduard y CARBONELL, Laia, *VI Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad humana*.

Barcelona: CIDOB/Ministerio de Defensa, pp. 71-80

SEDMED
Seguridad y Defensa
en el Mediterráneo

www.sedmed.org

Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el VI Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad humana, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 5 y 6 de Noviembre de 2007.

SEGURIDAD E INSEGURIDAD EN EL MEDITERRÁNEO: UNA PERSPECTIVA NORTEAMERICANA

Ian O. Lesser

Investigador del German Marshall Fund of the United States, Washington

Durante la próxima década, el Mediterráneo será clave en materia de seguridad a ambas orillas del Atlántico, y todavía más substancial en las relaciones norte-sur. La presencia norteamericana en el Mediterráneo, a nivel diplomático, económico y militar es larga. Sin embargo, a pesar de los doscientos años de compromiso en la región, la perspectiva americana en el Mediterráneo sigue siendo distintiva e infradesarrollada. La UE y sus socios claves han articulado unas estrategias explícitas para el Mediterráneo y los estados a ambas orillas han desarrollado satisfactoriamente el concepto del mar como un espacio estratégico. Por el contrario, Washington sigue dividiendo la región, intelectual y burocráticamente, con rígidas líneas regionales: Europa, incluido el sur de Europa, por un lado y Oriente Medio y el Norte de África por otro. Los aspectos y complejidades sub-regionales, incluidos los Balcanes o la disputa árabe-israelí son abordados superficialmente, cuando se tratan, en el contexto Mediterráneo.

Washington sigue dividiendo la región, intelectual y burocráticamente, con rígidas líneas regionales: Europa por un lado y Oriente Medio y el Norte de África por otro

Aspectos funcionales, especialmente relacionados con el contra-terrorismo o la seguridad energética toman especial relevancia en el creciente debate sobre la estrategia norteamericana en el Mediterráneo. No obstante, Washington ha diseñado su estrategia basándose en las relaciones bilaterales y según la irrupción de conflictos en la cuenca Mediterránea más que en un enfoque global de la región como conjunto. ¿Es posible cambiarlo? Muy probablemente, sí lo es. Los factores determinantes comprenden la evolución del escenario nacional de seguridad en los países del sur del Mediterráneo y un nuevo enfoque europeo de la estrategia mediterránea. En un futuro, el escenario de seguridad en el Mediterráneo estará conformado por las tendencias y percepciones ya visibles, pero también por una serie de shocks probables capaces de remodelar la perspectiva acerca de la seguridad y la inseguridad a lo largo de la región.

La primacía de la seguridad interior

Tradicionalmente, la seguridad en la ribera sur del Mediterráneo estaba basada principalmente en la seguridad interior. Los gobiernos de los países del Magreb a Levante se enfrentaban a continuas amenazas contra su legitimidad y estabilidad. Dejando de lado los retos políticos habituales, los regímenes deben enfrentarse a problemas de seguridad interna que van desde la violencia y el terrorismo a los movimientos separatista y el crimen

Los programas de liberalización económica pueden considerarse desestabilizadores en el campo político y de seguridad en ausencia de nuevos enfoques sustanciales hacia la educación y las inversiones

organizado. Tras el 11 de septiembre, se observa una cierta convergencia entre las posiciones del norte y del sur. En las últimas décadas, la preocupación en los países de sur del Mediterráneo por la seguridad interior contrastaba con las opiniones predominantes en Europa y cruzando el Atlántico sobre la seguridad, donde el debate entorno la seguridad estaba basado en las dinámicas estatales y las crisis regionales. Hoy en día, la concienciación sobre la seguridad es compartida entre el norte y el sur.

Algunos aspectos específicos del escenario de seguridad interior relevantes son los siguientes. En primer lugar, la tendencia demográfica suscita preocupación entre los estados europeos del sur y afecta fuertemente la percepción de la seguridad en Europa. Las sociedades en el norte de África y Levante se enfrentan, en mayor o menor medida, al reto común que les presenta la “bolsa de jóvenes” de sus poblaciones así como un desarrollo económico insuficiente. En contraposición a la situación en Europa (si bien no en los EEUU), la población de los países del sur del Mediterráneo es eminentemente joven. Estos son cada vez más numerosos, aunque el ritmo de crecimiento de la población se haya ralentizado en los últimos años. Con la única excepción de Israel – que no se considera parte del sur subdesarrollado – y Turquía, la región padece de una brecha creciente entre las necesidades de educación y empleo de las poblaciones jóvenes y lo que las sociedades pueden ofrecer. Incluso estados como Marruecos y Túnez, que han progresado notablemente en la modernización y reformas económicas, siguen enfrentándose a problemas crecientes de paro entre los jóvenes y al aumento de las expectativas de estos jóvenes, lo que resulta en una combinación explosiva. En estas condiciones, los programas de liberalización económica alentados por la UE y los EEUU pueden considerarse desestabilizadores en el campo político y de seguridad, al menos, en ausencia de nuevos enfoques sustanciales hacia la educación y las inversiones en la región.

En segundo lugar, esta tendencia demográfica en el norte y sur del Mediterráneo también fomenta la migración ilegal y problemas de políticas públicas que abarcan desde la seguridad humana a la ansiedad cultural. El diferencial de desarrollo entre el norte y el sur del Mediterráneo es el más acuciante a escala global, sólo por detrás de la brecha entre Corea del Norte y del Sur. Además, las dinámicas migratorias del Mediterráneo cada vez más son resultado de las presiones de un sur lejano, incluido el África subsahariana, Oriente medio y el sur de Asia. Cuando las sociedades del norte han adoptado políticas migratorias y controles fronterizos más restrictivos, la circulación habitual de los inmigrantes se ha visto limitada. A medida que aumenta el riesgo, los inmigrantes residentes en Europa tienden a permanecer en el norte, a pesar de que las presiones generales para la migración económica se mantengan elevadas. Unas políticas más duras provocan, por consiguiente, el efecto involuntario de hacer aumentar el número de inmigrantes “ilegales” en el norte, un suceso visible también en Estados Unidos. Esta tendencia tiene implicaciones de seguridad por las vidas que se pierden en los intentos fallidos por cruzar el Mediterráneo y por la expansión de las redes terroristas y criminales que acompañan la migración ilegal. En un sentido más amplio, la migración de este calibre fomenta la ansiedad cultural –el miedo a la seguridad de la propia identidad- tanto en el norte como en el sur y unas políticas xenófobas que dificultan las relaciones entre el norte y el sur a largo plazo.

En tercer lugar, el Islam político se mantiene como una de las principales amenazas para los actuales regímenes de los países sur del Mediterráneo. De Marruecos al Líbano, los movimientos islamistas compiten por el poder a nivel de política electoral, con distinto grado de fortuna. Desde la perspectiva de los países del norte del Mediterráneo, no está claro que movimientos como el Partido de la Justicia y el Desarrollo marroquí o la Hermandad Musulmana de Egipto representen un desafío para la seguridad *per se*, aunque para unos gobiernos del sur muy presionados, la amenaza es suficientemente clara. Más problemático ha sido el resurgimiento y reestructuración de las redes islamistas violentas a lo largo del norte de África, con repercusiones en Europa. Puede que Argelia no se encuentre al borde del colapso bajo la presión de la violencia islamista como a mediados de los 1990. No obstante, los movimientos islamistas siguen siendo un factor importante en la estabilidad del Mediterráneo, como demuestran las acciones de Al Qaeda para el Magreb Islámico en Argelia, el control de Hamás en Gaza y el poder de Hezbollah en el Líbano. Un movimiento de personas relativamente fácil en el Mediterráneo y la presencia de grandes comunidades de ciudadanos de países del sur del Mediterráneo en Europa hacen del problema del islamismo radical y del terrorismo jihadista un problema común para el norte y para el sur.

Irak será un factor importante en esta ecuación por ser una causa célebre para los islamistas del Mediterráneo así como por haberse convertido en el campo de entrenamiento de las nuevas generaciones de extremistas. Un gran número de combatientes extranjeros en Irak provienen del norte de África, incluido Egipto. Con el tiempo, estos jihadistas expatriados regresarán a sus países o encontrarán la forma de acceder a Europa, donde podrán centrar sus esfuerzos en los enemigos “cercaños”, los regímenes establecidos y los objetivos occidentales cercanos a casa. Ya se observó una tendencia similar tras el retorno de los árabes de Afganistán de la lucha contra la Unión Soviética. Los observadores en el norte de África atribuyen a estos veteranos afganos parte de la responsabilidad de fomentar la agitación violenta en Argelia, Egipto y Túnez a finales de los 80 y principios de los 90. El alcance y la relevancia del factor afgano en el norte de África es debatible, pero sería imprudente asumir que los veteranos de la insurgencia iraquí no tendrán un papel relevante en la seguridad del Mediterráneo en la próxima década.

Nacionalismo y dinámicas interestatales

En cierta medida, es posible argumentar que el Mediterráneo es “más” seguro actualmente que hace una década. En el Mediterráneo occidental, las fricciones entre Marruecos y España por los enclaves de Ceuta y Melilla siguen sin estar resueltos, pero el riesgo de un enfrentamiento abierto es probablemente menor que hace algún tiempo. La distensión occidental con Libia y la progresiva reintegración de Trípoli en la escena económica y política internacional ha eliminado algunas de las fuentes de tensión en el Mediterráneo central, aun cuando el futuro de Libia y de sus relaciones exteriores a largo plazo es incierto. En el Mediterráneo Oriental, la distensión entre Atenas y Ankara ha cambiado significativamente en términos de estabilidad regional y gestión de crisis. La nueva pauta de relaciones, apoyada en unos vínculos económicos cada vez más

El proceso de paz en Oriente Medio sigue determinando la seguridad en el Mediterráneo. La imposibilidad de alcanzar un acuerdo integral limita un diálogo multilateral en materia de seguridad

estrechos y en la diplomacia bilateral, también ha eliminado uno de los principales desafíos políticos para Washington. La estabilidad del Egeo ya no plantea las mismas necesidades a los políticos norteamericanos. El problema de Chipre sigue vigente, obstaculizando la ya complicada candidatura a la UE. Pero pocos en Europa o en los Estados Unidos temen un enfrentamiento entre Grecia y Turquía por Chipre. Chipre representa ahora un problema político más que de seguridad desde una perspectiva norteamericana y el centro de gravedad de la diplomacia chipriota ha pasado de Washington a Bruselas.

El conflicto palestino-israelí y el proceso de paz en Oriente Medio en general siguen determinando la seguridad en el Mediterráneo de forma significativa, no sólo por su influencia en la opinión pública en los países del sur del Mediterráneo. Indirectamente, la imposibilidad de alcanzar un acuerdo integral limita un diálogo multilateral en materia de seguridad y la cooperación en los marcos de la UE, la OTAN y regionales. El conflicto tiene claramente una dimensión Mediterránea, especialmente respecto a Líbano y Siria. No obstante, podríamos decir que aquí el centro de gravedad también se ha desplazado hacia el este en términos políticos y de seguridad. Irán es cada vez más relevante para los cálculos de seguridad israelí y Teherán es, por su creciente alcance estratégico y su apoyo a fuerzas irregulares, un actor relevante en el conflicto de Oriente Medio. Asimismo, Arabia Saudita y los pequeños estados del Golfo han adquirido mayor peso en el futuro del proceso de paz y su participación es tenida en cuenta, como se ha demostrado en la reciente conferencia de Annapolis. El conflicto no resuelto entre Israel y sus vecinos alcanza al Este, desde el Mediterráneo hasta el Golfo e incluso Pakistán.

El resultado de la seguridad en el Mediterráneo a nivel estatal y de estallidos regionales vendrá determinado por la influencia del nacionalismo como fuerza política en el norte y en el sur. El auge del sentimiento nacionalista podría fácilmente implicar un deterioro de las relaciones entre Grecia y Turquía. Asimismo, podría hacer empeorar unas relaciones ya tensas entre Marruecos y Argelia por el Sáhara Occidental y otras cuestiones. El nacionalismo es el motor de la inestabilidad en los Balcanes y alrededor del Adriático y también es parte de la ecuación mediterránea. Durante la próxima década, la perspectiva de estabilidad en el Mediterráneo vendrá determinada por la tensión entre el nacionalismo y la adhesión a la concepción tradicional de soberanía nacional, y por una tendencia más positiva de la integración en un espacio europeo más amplio y entre los países del sur, con la excepción del comercio energético. Esta última dimensión permanece sorprendentemente subdesarrollada en el Mediterráneo, con la persistencia de impedimentos estructurales y políticos para el comercio, las inversiones y la cooperación regional a muchos niveles.

Nuevos actores, nuevas estrategias

Para el encendido debate sobre la unipolaridad y sus alternativas es relevante mencionar que las regiones claves en la periferia de Eurasia son altamente multipolares. Este es especialmente el caso del Mar Negro, el Caspio y Asia Central. También es el caso del Mediterráneo, donde un elenco de actores, viejos y nuevos, están presentes y desempeñan, directa o indirectamente, un papel en la seguridad.

A nivel euro-atlántico, el Mediterráneo es un área donde el papel de los americanos y de los europeos queda relativamente equilibrado. En comparación con el Golfo, los estados Europeos pueden proyectar poder militar en el Mediterráneo de forma muy efectiva. En términos políticos y económicos, la UE es el actor principal en la región. Potencias como Francia, con una larga historia de relación, siguen reinventándose como socios económicos, políticos y en el campo de la defensa en el norte de África. La implicación económica norteamericana en el norte de África está aumentando, esencialmente a resultas del comercio energético con Argelia, el relanzamiento de las relaciones con Libia y el acuerdo de libre comercio con Marruecos. No obstante, Europa sigue siendo el socio comercial e inversor clave en el sur del Mediterráneo. La Sexta Flota de los EEUU permanecerá en el Mediterráneo aun cuando la presencia militar americana en Europa se reduzca o se reoriente hacia otra parte. Pero no se puede seguir dando por hecho un compromiso americano continuo en materia de seguridad en todo momento y bajo cualquier circunstancia. Concretamente, en los próximos años puede que haya “demasiada poca” presencia americana “para el confort europeo” en los Balcanes y en el norte de África. Los EEUU ya no despliegan sus portaaviones en el Mediterráneo, algo que hubiera sido impensable hace una década.

Al mismo tiempo, nuevos actores externos irrumpen en la escena mediterránea. Rusia – de hecho un viejo actor -ha vuelto a la región después de casi veinte años de ausencia. Rusia está presente cada vez más como inversor, esencialmente en el sector energético, como un socio comercial y como suministrador de productos de defensa a Argelia y Siria entre otros. Los rusos son ahora parte del paisaje mediterráneo como turistas y residentes. A finales de 2007, la Armada rusa ha vuelto al Mediterráneo para ejercitar su fuerza por primera vez desde el desmembramiento de la Unión Soviética. Esta renovada implicación rusa en la vida diplomática, comercial y de seguridad en el Mediterráneo podría adquirir nuevos significados si las relaciones de Rusia y Occidente siguieran deteriorándose. Una vuelta al estilo de competición de la Guerra Fría, incluso a niveles muy inferiores, podría situar el centro de gravedad en el sur, en el Mar Negro, los Balcanes y el Mediterráneo Oriental, áreas que durante la primera Guerra Fría quedaron al margen.

China está emergiendo como actor de importancia en el Mediterráneo y como potencial actor en materia de seguridad. La rápida expansión de la inversión china en el África Subsahariana ha eclipsado el reducido pero remarcable crecimiento de la inversión china en el norte de África. Estas inversiones van más allá del sector de la energía e incluyen participaciones a gran escala en la industria textil de Túnez e instalaciones portuarias en el Mediterráneo. Históricamente, China ha desarrollado un papel preeminente para Albania como aliado en su defensa, como socio en el programa nuclear argelino y, junto con Corea del Norte, como suministrador de tecnología de misiles balísticos a Siria y Libia. Mirando al futuro, India, que ya es un aliado en la defensa a través de su cooperación con Israel, podría adquirir mayor interés en el comercio y la seguridad en el Mediterráneo.

Más de una década después del lanzamiento del Partenariado Euromediterráneo (Proceso de Barcelona) los socios a ambas orillas del Mediterráneo se replantean los principios de un proceso que se

China está emergiendo como actor de importancia en el Mediterráneo e India podría adquirir mayor interés en el comercio y la seguridad en el Mediterráneo

ha visto como problemático y disfuncional. Entre los países del sur del Mediterráneo hay el deseo de una asociación más equitativa, con más voz para el sur en las agendas política, económica y de seguridad. La ausencia de un socio integrado en el sur y la persistencia de un modelo de relación con Europa donde ésta es el centro y establece relaciones bilaterales con cada país son percibidas como parte del problema. Barcelona se lanzó en un momento de optimismo en las vías bilaterales y multilaterales del proceso de paz de Oriente Medio. Con los años, la persistencia de conflicto con Israel ha resultado ser el mayor obstáculo a la cooperación multilateral con los socios del sur del Mediterráneo en los asuntos políticos y de seguridad. Además, la ayuda e inversiones europeas en el sur del Mediterráneo está cada vez más condicionada, ligada a las reformas económicas y políticas y al desarrollo de proyectos sostenibles susceptibles de ser financiados por la UE – un reto actual para los estados del sur del Mediterráneo.

Para Europa, la experiencia de Barcelona ha sido asimismo frustrante. El Partenariado Euromediterráneo (PEM) padece de una permanente falta de consenso entre los miembros de la UE porque las necesidades de la periferia sur de la EU compiten con la ampliación y las prioridades de cohesión en el Este. La elaboración de la Política Europea de Vecindad ha complicado todavía más esta situación porque los Estados Miembros de la UE se plantean qué lugar ocuparán las iniciativas mediterráneas en el marco general de una Europa más amplia, por el Este y por el Sur. ¿Puede seguir funcionando como una iniciativa autónoma o se insertará dentro de una estrategia más amplia para la vecindad? Los Estados del sur de Europa seguirán prefiriendo una estrategia europea específica y bien financiada hacia el Mediterráneo, construida alrededor de la noción de una identidad mediterránea. Sin embargo, este enfoque podría no ser sostenible. La ausencia de una dimensión transatlántica también impone ciertas limitaciones al PEM, especialmente en el contexto de la seguridad.

Los EEUU han sido activos en el Diálogo Mediterráneo de la OTAN, lanzado en 1994 y posteriormente ampliado y reforzado. Pero incluso aquí, los EEUU nunca han estado en la vanguardia de una iniciativa que promovieron especialmente los países de la Alianza del sur de Europa. Desde el momento en que el Diálogo Mediterráneo sigue avanzando hacia la dirección de una cooperación en materia de defensa tangible y práctica con los siete socios mediterráneos (Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Israel y Jordania) Estados Unidos seguirá teniendo interés, que hasta se podría ver incrementado. Ya hay conversaciones informales para atraer a Libia hacia el Diálogo, un paso que Washington podría también apoyar.

Algunas de las principales nuevas ideas relacionadas con la seguridad y la cooperación en el Mediterráneo provienen de Francia, con importantes implicaciones transatlánticas. La propuesta del presidente Sarkozy en 2007 de una Unión Mediterránea fue recibida con cierto escepticismo en Europa, en parte por miedo a que pudiera perjudicar unas iniciativas de la UE hacia una región convulsa. Para algunos, la propuesta fue vista como una estrategia para apartar la candidatura turca de la UE. Con el tiempo, el concepto ha ido ganando terreno, hasta un tentativo apoyo español e italiano. Claramente, la seguridad será tan sólo una parte de esta Unión, cuyo núcleo lo conformarán una serie de proyectos funcionales específicos en áreas como la energía, la seguridad y la inmigración.

La Unión Mediterránea ha captado la atención de los EEUU. El “factor Sarkozy” es, sin duda, parte de la explicación. La otra, el posible inicio de cooperación con Washington. Si Francia regresara al comando militar integrado de la OTAN, como la administración Sarkozy ha dejado entrever, la cooperación transatlántica en el Mediterráneo se vería directamente afectada. Por estas razones, la política de diálogo franco-americano en el Mediterráneo podría ocupar un lugar preponderante en el futuro estratégico de la región durante los próximos años.

Más allá de cuestiones de estabilidad interna, el desarrollo, la lucha contra el terrorismo, la energía y la seguridad marítima se situarán en lo alto de la agenda en los nuevos enfoques en el Mediterráneo. El desarrollo de una red cada vez más nutrida de oleoductos y gaseoductos en el Mediterráneo occidental, central y oriental y en el Adriático está acercando el Mediterráneo incluso a fuentes energéticas y mercados lejanos. Está emergiendo un mercado energético mediterráneo y cuestiones del tráfico de energía están copando una parte importante de la política exterior en Turquía, Grecia e Italia, entre otros países de la región. La propuesta de un oleoducto desde África occidental hasta Argelia añadiría una nueva dimensión sur a este entramado. Las preocupaciones energéticas están haciendo que aumente la atención a la seguridad marítima en el Mediterráneo, en términos generales, para incluir la seguridad de las rutas marítimas, los puertos y los puntos de paso principales como en canal de Suez, el estrecho de Gibraltar y el Bósforo, así como los distintos riesgos medioambientales. La tendencia debería ser hacia una mayor transparencia en asuntos marítimos, incluso en detrimento de la soberanía nacional.

Sacudidas potenciales y acontecimientos transformadores

Más allá de las discusiones sobre las tendencias a largo plazo, los estrategias prudentes también deberán tener en cuenta la posibilidad de acontecimientos transformadores inesperados capaces de producir giros repentinos en los escenarios de seguridad. Con distintas influencias regionales y actores múltiples, el Mediterráneo está especialmente expuesto a sacudidas, tanto positivas como negativas. Una lista ilustrativa de estos *shocks* potenciales en el Mediterráneo incluiría los siguientes:

- La emergencia de una o más potencias armadas nuclearmente en Oriente Medio sería un elemento transformador para el escenario estratégico. Un Irán nuclear, o casi-nuclear, y nuevos programas en otros países podrían desencadenar una serie de efectos en el equilibrio militar y las percepciones estratégicas a lo largo de la región, desde el Caspio al Egeo, en Europa y en el Magreb. La proliferación continuada de misiles balísticos de alcance transmediterráneo pone de manifiesto la exposición del norte y del sur a unas dinámicas de proliferación tanto en el Mediterráneo como fuera.
- Un desmoronamiento en Pakistán podría parecer un acontecimiento alejado visto desde el Mediterráneo. Sin embargo, el consiguiente caos, sus efectos en las redes terroristas y la posible pérdida de control sobre el arsenal nuclear del país podrían tener implicaciones espectaculares para Europa y el sur del Mediterráneo.

Las posibles consecuencias de una crisis prolongada para el entorno del Mediterráneo son muy diversas

- Un mayor deterioro de las relaciones entre una Rusia cada vez más nacionalista y asertiva y un “Occidente” cada vez más inseguro podrían avivar el miedo de una escalada en la competición sobre asuntos de seguridad energética, algunos de los cuales se jugarían en un escenario mediterráneo más amplio. En estas condiciones, los estados del Magreb y de Levante, incluida Turquía, podrían verse forzados a tener que tomar elecciones incómodas relacionadas con su defensa y abocados a unas relaciones económicas difíciles entre este y oeste.
- La actual inestabilidad financiera global evidencia que el potencial para una crisis económica severa es más que real. Las posibles consecuencias de una crisis prolongada para el entorno del Mediterráneo son muy diversas. Economías con un alto índice de crecimiento pero frágiles – Turquía es el caso paradigmático aunque hay otros – podrían tenerse que enfrentar a nuevas crisis económicas propias. Los países en vías de desarrollo en el Magreb podrían ver reducida drásticamente la ayuda y las inversiones. Los principales exportadores de energía como Libia y Argelia podrían ver cómo se frena la demanda y los altos precios del petróleo y del gas, con implicaciones preocupantes para la cohesión y la estabilidad nacionales. Movimientos xenófobos y nacionalistas en Europa podrían beneficiarse de estas condiciones y se podría esperar que se adoptara una posición más dura en las migraciones y en las relaciones norte-sur en general. Las restricciones económicas pueden también complicar severamente las relaciones transatlánticas, limitando la posibilidad de una política más concertada tanto en el Mediterráneo como en otras áreas. Finalmente, una recesión prolongada – o incluso peor – podría llevar a un enfoque con un papel más reducido del poder y la presencia norteamericanos, dejando que Europa se hiciera cargo de más aspectos de la seguridad en la periferia del continente. En el peor de los casos, al deterioro de las relaciones de seguridad entre los estados podría seguirle la deterioración de las relaciones económicas, aumentando la posibilidad de conflicto regional – el modelo de entreguerras.
- Nuevos actos de super-terrorismo, siguiendo el patrón del 11 de septiembre, o una campaña de dramáticos, aunque menos mortíferos, ataques como los de Madrid, Estambul o Casablanca podrían provocar un mayor grado de desestabilización en el contexto mediterráneo. El “próximo ataque” podría muy bien ser en Europa. Como los atentados de Madrid y los más recientes intentos frustrados en Italia y España demuestran, el sur de Europa no es inmune. Hay una oportunidad significativa de que las redes del norte de África participen en nuevos ataques de este tipo. El resultado podría ser una mayor “securitización” de las relaciones norte-sur en el Mediterráneo, y un refuerzo de las percepciones sobre seguridad interior.
- El desmembramiento de Irak y la emergencia de un estado kurdo independiente en el norte podría poner problemas enormes para Turquía y sus socios internacionales. Ankara todavía se enfrenta a problemas de seguridad importantes como resultado de la renovada insurgencia del PKK y el terrorismo urbano. La naturaleza de la reacción turca podría tener implicaciones a largo plazo en la orientación estratégica de Turquía, y en la habilidad de Ankara para actuar en otras esferas, incluido el Mediterráneo oriental.

A este catálogo de eventualidades negativas, podríamos añadirle algunos acontecimientos potenciales de efectos positivos también con capacidad transformadora:

- Incuestionablemente, un acuerdo palestino-israelí y una solución sostenida e integral para el establecimiento de dos estados, tendría un efecto transformador en el escenario de seguridad del Mediterráneo. Evidentemente, otras rivalidades regionales persistirían, así como los retos internos. No obstante, se habría eliminado uno de los principales puntos de conflicto, incluso a pesar de que los extremistas siguieran poniendo en peligro el acuerdo. También se podría incluir un nuevo compromiso clave con la estabilidad y el desarrollo del estado palestino dentro de una estrategia más amplia de ayuda e inversiones para el sur del Mediterráneo. Consolidar y asegurar un acuerdo integral podría, por su naturaleza, requerir una mayor coordinación transatlántica en el Mediterráneo oriental.
- La distensión entre Teherán y Washington podría ser una posibilidad remota en 2008. Durante la próxima década, sin embargo, el potencial de una ruptura revolucionaria en el modelo de relaciones entre Irán y Occidente es bastante real. A diferencia de la reciente distensión con Libia, la reintegración de Irán iría más allá de la simple estabilización. Ésta sería transformativa para la no proliferación, la seguridad energética y “el fin del conflicto” en las relaciones entre Israel y sus vecinos. Estos efectos se podrían sentir en el Mediterráneo y en el Golfo.

Observaciones generales y conclusiones

El entorno de seguridad del Mediterráneo está evolucionando rápidamente, a causa de presiones internas en ambas orillas del mar, unas dinámicas regionales cambiantes – positiva y negativamente– y por la emergencia de nuevos actores y nuevas estrategias. Cuestiones como la religión o la identidad, elementos tradicionalmente importantes en los asuntos Mediterráneos, son, una vez más, centrales. Los *shocks* estratégicos, muchos provenientes de fuera del Mediterráneo, van a desarrollar probablemente un papel crucial en la evolución de la región a distintos niveles. Una vez más, aunque no todas estas contingencias transformadoras son negativas, pueden tener consecuencias desestabilizadoras importantes para la región.

De cara al futuro, este análisis sugiere que los socios de ambas orillas del Mediterráneo y del Atlántico se enfrentarán a las mismas cuestiones. En primer lugar, los estados mediterráneos, y especialmente los estados mediterráneos europeos van a tener que considerar la posibilidad de establecer estrategias más amplias hacia la periferia europea, la vecindad ampliada, en contraposición a una estrategia vigorizada hacia el Mediterráneo, la periferia europea. ¿La identidad mediterránea es importante como principio organizador para una estrategia o política o es un anacronismo? La propuesta francesa de una Unión Mediterránea y notable reactivación del Diálogo 5+5 sugieren que la noción de una identidad mediterránea unificada no ha perdido vigencia. Podría incluso ser un corolario necesario para una nueva *ostpolitik* dirigida por Alemania si Europa tiene que ser un actor de seguridad en la periferia.

En segundo lugar, ¿qué papel pueden desarrollar los Estados Unidos en las nuevas estrategias mediterráneas? Dependerá en gran medida de la competencia de prioridades en las políticas y planificación norteamericanas. Si la próxima década se define por una competición estratégica más

La primacía de las condiciones internas para la seguridad en la región reclama una mayor coordinación en los enfoques europeos y americanos

intensa entre los EEUU y China, es poco probable que el compromiso norteamericano con la seguridad en el Mediterráneo se expanda. Si la estabilidad en la periferia sur de Europa es percibida como un factor crítico para la seguridad transatlántica en una era de riesgos compartidos, un mayor compromiso de los EEUU aunque no necesariamente una mayor presencia, serían una prioridad. Bajo cualquier condición, la primacía de las condiciones internas para la seguridad en la región reclama una mayor coordinación en los enfoques europeos y americanos en la ayuda, las inversiones y las reformas en el sur del Mediterráneo.

Finalmente, los socios a ambas orillas del Mediterráneo se verán afectados por la globalización de la seguridad regional, particularmente por los florecientes vínculos entre seguridad en África y Eurasia y el escenario estratégico en el Mediterráneo. Nuevas rutas de tránsito y patrones de inmigración más amplios son parte de esta ecuación, junto con el aumento del alcance de los sistemas armamentísticos, y la creciente capacidad de los actores no mediterráneos de proyectar poder, tanto duro como blando, en el mar y su interior. La constante cuestión de la interdependencia de los mundos del Mediterráneo y el Atlántico (y el Pacífico) sigue siendo relevante para los estrategas y políticos actualmente.